

Tema 4

Subtema c:

## **Anorexia y mimetismo: Prejuicio y terror**

Silvia Fendrik

### **Resumen:**

La incidencia de mitos y prejuicios en la producción de la anorexia como una “enfermedad de nuestro tiempo”, a la luz del estudio de Roger Caillois sobre el mimetismo. El malestar en la cultura como concepto y no como categoría descriptiva. Hipótesis sobre el diezmo en la construcción de las estadísticas de riesgo.

**Palabras clave:** Anorexia. Mito. Prejuicio. Mimetismo. Malestar en la cultura. Enfermedades culturales.

El consenso de que la anorexia es una enfermedad grave en la que la vida corre serios riesgos subyace a los distintos enfoques actuales, incluido el psicoanálisis. Su aspecto “epidémico”, de enfermedad cultural contagiosa, también parece fuera de discusión. Ambas cuestiones a su vez se presentan como íntimamente relacionadas. Al respecto, recordé una nota de lectores que fue publicada en la revista dominical del diario La Nación, a raíz de un reportaje que me hicieron cuando salió el libro Santa Anorexia, mi primer viaje al “País de Nunca comer”.

La nota lleva por título “Anorexia polémica” y dice lo siguiente:

*Sr. Director:*

*“Con alarma he leído las cuatro páginas que le han dedicado a la licenciada Fendrik para promocionar su libro sobre anorexia. Del contenido de la nota se deducen tres cosas:*

- a) a) *La licenciada se contradice acerca de un tema básico como es la influencia de los factores culturales en el desarrollo de los trastornos alimentarios. Compare el lector estas dos frases: “El tratamiento que se le da al tema, y los enfoques terapéuticos me parecían de una gran ignorancia y una gran chatura. Sobre todo, porque se basan en la idea de que la anorexia es una respuesta a determinadas pautas culturales*

*actuales y que hay que trabajar sobre ellas". Luego afirma: "Mediante la privación alimentaria se está expresando algo que tiene que ver con pautas culturales ligadas con la femineidad". ¿En qué quedamos? ¿Es o no un trastorno ligado con pautas culturales actuales?*

- b) b) No conoce en absoluto los tratamientos actuales, avalados por infinidad de investigaciones en diferentes partes del mundo. Si hay algo en lo que coinciden todos los expertos es que el primer paso de todo tratamiento de las anoréxicas es la recuperación del peso perdido, lo cual poco tiene que ver con lo que ella sugiere: "Equipos interdisciplinarios obsesionados por lo mismo: que la chica coma...o recurrir al autoritarismo, a la urgencia". Obviamente, que el primer paso sea la recuperación alimentaria no quiere decir que sea el único paso del tratamiento como lo sugiere la licenciada.*
- c) c) Hasta aquí sus opiniones no pasarían de la simple desinformación. Pero se transforman en iatrogenia (esto es, cuando se suponen que los que deben curar enferman) al sugerir su propio método. Parece ser que la licenciada ideó un tratamiento clínico-literario, donde el hecho de saber, de conocer, de interiorizarse en historias de vida no sólo de la época actual, sino también del pasado, produce una apertura. Luego propone que las mismas chicas se hagan cargo de lo que les está pasando mediante un conocimiento histórico del tema. O sea, que leyendo libros de historia se abrirán y luego se harán cargo de sí mismas. Suena un tanto ingenuo ¿no?*
- d) d) Habría que preguntarse: ¿en qué investigaciones se basa? ¿En cuántas pacientes lo ha aplicado y con qué resultados? Está bien querer promocionar el propio libro. Pero es peligroso hacerlo a costa de la salud de la gente que está padeciendo una grave enfermedad. (La nota está firmada por Eduardo Figueroa, licenciado en psicología.)*

Estas críticas, que a primera vista parecen tan juiciosas, portan sin embargo la marca de los pre-juicios a los que nos han habituado los medios de comunicación masiva. Voy a detenerme en la primera, ¿en qué quedamos, cultura sí o cultura no?, porque, como es la que más me preocupa, me ha decidido a proponer estas reflexiones en el marco del papel que juegan los medios en la producción de la anorexia. La pregunta ¿qué papel juega la cultura en la producción de subjetividad? da lugar a respuestas que suelen ser muy abarcativas y muy seductoras, y a veces también muy ideológicas, basadas en argumentos que pueden resultar enriquecedores e interesantes. Sin embargo, la relación entre los mensajes culturales y la producción de subjetividad es un marco de referencia necesario, pero no el "objeto" de la investigación y el tratamiento analítico. Al final de "Función y campo de la palabra..." Lacan dice algo que siempre me pareció interesantísimo y muy productivo: "Mejor pues que renuncie (a ejercer el psicoanálisis) quien no

pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues, ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico?”, junto con esto otro, que aparece en el párrafo siguiente: “permítasenos reir si se imputa a estas afirmaciones el desviar el sentido de la obra de Freud de las bases biológicas que hubiera deseado para ella hacia las referencias culturales que la recorren....” Dicho de otro modo, Lacan reafirma que el campo del psicoanálisis es el del lenguaje y su relación con el sujeto del inconsciente, para lo cual no podemos ignorar, ni las bases biológicas ni las referencias culturales que nos determinan, pero sin hacer de ellas el eje de nuestra práctica. El territorio del psicoanálisis es ese sendero, ese desfiladero “ni...ni”, en donde se encuentra la singularidad de cada uno de nosotros en tanto sujeto del (o al) inconsciente. Desde ya no podríamos ignorar la influencia de nuestra civilización en la subjetividad contemporánea, pero si creemos que ésta se reduce a relaciones causales visibles e inmediatas, cualquier síntoma que rubriquemos con el rótulo de “actual”, producto de nuestra época, mal de nuestro tiempo, permanecerá, precisamente en términos de la subjetividad del sujeto, inaccesible a la escucha del psicoanalista.

Una cita que me sirve de brújula en mis investigaciones teóricas y clínicas sobre la anorexia pertenece a Carolyne Bynum, autora de “Ayunos y festines sagrados/Las mujeres y el alimento en la espiritualidad medieval”: *“A mi criterio, el sentido de mi investigación es el siguiente: aún cuando los modelos de vida piadosos de la Edad Media no puedan aplicarse (sin grandes modificaciones) a los problemas del mundo contemporáneo, la amplitud y la riqueza de la simbólica medieval nos advierten sobre el empobrecimiento de nuestro universo simbólico. La Edad Media disponía para representar al cuerpo y al alimento de un enorme registro de símbolos; nosotros disponemos de un registro estrecho y negativo. Y puesto que nuestras imágenes del alimento y de lo corporal son terriblemente inadecuadas, a aquellos que sufren de “trastornos de la alimentación” sólo podremos ofrecerles terapias igualmente insuficientes e inadecuadas”.* (pág.414)

Efectivamente, restringir la anorexia a un trastorno de la alimentación, y atribuir su causa a los ideales de delgadez imperantes en nuestra cultura, da muestras de una gran pobreza simbólica, de una gran estrechez mental. El lazo de causalidad propuesto es complementario y cerrado, como es propio de los prejuicios: hoy en día ya no se puede pensar en la moda sin la anorexia y en la anorexia sin la moda. Pero las razones por las cuales un mito -mito en el sentido de prejuicio- ocupa un lugar en la superestructura social, cómo ha surgido, qué función cumple, qué factores han confluído para construirlo son muchas y complejas. Como dice Roger Caillois, la capacidad de crear y de vivir un mito son mucho menores que la capacidad de explicarlo. Por más y mejor fundado que esté el análisis crítico del mito, siempre deja una impresión de insuficiencia, un residuo irreductible al que es necesario atribuir una importancia decisiva en la creación del mito. Este residuo toma la forma, la mayoría de las veces, de una relación causal inapelable que una vez que ha sido adoptada no admite ninguna explicación: el mito no quiere ser explicado (ni cuestionado). Es posible esbozar las razones psicológicas o sociales a las que responde, pero imposible o inútil reducir la fuerza de su argumento y las críticas no pueden contrarrestar la fuerza de su papel, tranquilizante o atemorizador. La razón del mito es del orden de la pasión: desconoce razones. ¿A qué necesidades del corazón responde? ¿O mejor dicho qué satisfacciones aporta para que un individuo o una sociedad entera pongan su fe en él?

Hay grandes discursos que denuncian los discursos que inciden en la producción de subjetividad, particularmente los discursos del poder-saber que develó Foucault, y el discurso del amo del que habló Lacan. Sin embargo ninguno de ellos ha denunciado el mito que establece una relación inequívoca entre la anorexia y la moda de la ultradelgadez, y que también ha establecido de un modo inapelable que se trata de un mal del fin de milenio, y fundamentalmente el riesgo de muerte. Inútil es insistir en que son múltiples las causas que convergen para que las adolescentes de hoy dejen de comer, sin que la culpa la tenga la moda de la delgadez. Igualmente inútil es recurrir a la Historia, que demuestra que la anorexia –bajo otros semblantes- tiene más de ocho siglos en Occidente. Y lo más inútil de todo es apelar a la evidencia de

que las anoréxicas, aunque tengan un aspecto cadavérico, gozan de buena salud. (“los muertos que vos matáis gozan de buena salud”, como dice una poesía española cuyo nombre he olvidado)

A diferencia de los animales nuestro comportamiento no está guiado por los instintos, que son pautas establecidas e innatas que rigen la conducta de una especie para preservarla. Sin embargo, el prejuicio parece cumplir en los humanos la misma función de un programa instintivo: si una joven influida por la moda está haciendo dieta, se presentifica en ella una futura anoréxica y por lo tanto un serio riesgo de muerte. El mito se aplica a todas por igual, sin variaciones posibles, al igual que el programa instintivo en el mundo animal. En el mito de la anorexia este resto irreductible, que no admite argumentos contrarios es el riesgo de muerte: Todos los seres vivos necesitan comer para vivir.

El mito de la anorexia contiene este “resto irreductible”, que no admite réplica alguna. Es absurdo, y por lo visto irracional, “iatrogénico”, apelar a los múltiples recursos que los organismos humanos tienen para desafiar las leyes de la naturaleza. No sólo psicológicos, filosóficos, religiosos, ideológicos, también “físicos”.

Por eso, junto al valor de la vida continuamente exaltado en contraste con el riesgo de muerte, el mito de la anorexia como producto de la moda actual propone una serie de medidas destinadas a protegerla. La primera es, como recuerda el Lic. Figueroa, recuperar el peso perdido. Para lo cual, sí o sí hay que comer. El mito y sus derivados cumplen la función de garantizar un poder, social, ideológico, económico, en manos de quienes lo propagan. Por eso necesita imponerse de manera sobrecogedora e imperativa ofreciendo programas de tratamiento preestablecidos a los múltiples y variados conflictos individuales, familiares, sociales, que afectan a la adolescencia, y combate la distinción entre una verdadera anorexia nerviosa de un deseo totalmente legítimo (e impulsado por los ideales estéticos) por hacer dietas estrictas. Pero como todo mito, el de la anorexia instigada por la moda, no se apoya en una idea fuerte, fundamentada, sino en imágenes, a las que recurre para infundir temor. Las imágenes de adolescentes esqueléticas, -no importa si gozan de buena salud- son utilizadas para sembrar terror en sus familias, en sus

amigos, en la sociedad toda. Ya casi no existen chicas que hagan dieta sin que el fantasma de la anorexia aceche como un lúgubre convidado de piedra la mesa familiar. Y sin que se amenace a la "dietante" con un castigo ejemplar.

Freud, como siempre, puede servirnos de brújula para despejar la mente. ¿Cómo ubica Freud el sujeto del inconsciente en relación a las determinaciones culturales?

"El porvenir de una ilusión" es un texto de Freud que precede al "Malestar en la cultura", donde podemos situar el lugar en el que Freud se coloca para hablar de la cultura. Se trata de un diálogo cuasi socrático, donde necesita crearse un interlocutor. ¿Qué es un interlocutor? Alguien que intenta refutarle su pensamiento, que lo cuestiona, que lo lleva al límite. Por lo general Freud casi siempre tiene en mente un interlocutor, pero hay dos grandes textos en donde el interlocutor tiene un lugar enorme y explícito: "El porvenir de la ilusión" y "El análisis profano" –el interlocutor en este último es un jurista, que afirma que los legos no pueden ejercer el análisis, y Freud lleva al límite sus argumentos para afirmar que sí pueden.

Las preguntas que le hace el interlocutor son en cierta medida las preguntas que Freud mismo se hace poniéndose en el lugar del otro, justamente para no encerrarse en una postura dogmática, repitiendo siempre lo mismo, y para ponerse a prueba, es decir, para poner a prueba sus hipótesis. Freud no quiere zanjar las cuestiones problemáticas diciendo "esto es así porque lo digo yo que soy Freud", afirmándose narcisista o dogmáticamente, y por eso necesita la figura de un interlocutor. Y este interlocutor no siempre es un ignorante o un prejuicioso, con ideas fácilmente refutables, sino alguien que le formula preguntas o críticas difíciles de responder, que precisamente cumplen la función de demostrar que sus afirmaciones (las de Freud) también pueden ser refutadas, tanto por un especialista en otros terrenos, como por alguien dotado de espíritu crítico. Siempre es interesante observar el modo dialéctico en el que Freud expresa sus hipótesis, cómo se articula su pensamiento.

El primero de los grandes ensayos donde Freud va a hablar de la cultura, está en la misma línea de otro gran texto freudiano que es “Tótem y Tabú”. “Tótem y Tabú” es una ficción que Freud construye para explicar algo que a él lo preocupa y lo intriga: el origen del sentimiento de culpa, un elemento central en el tema de la cultura. También “Psicología de las masas” es un texto anterior al Malestar, donde Freud ya está buscando cuáles son los elementos que el psicoanálisis podría aportar a la psicología de las masas. Cuando Freud hace analogías entre el desarrollo individual y el desarrollo de la cultura, dirá entonces que *parecen* procesos similares, pero que tengamos cuidado, que no nos apresuremos, porque a veces estas similitudes, o analogías, nos llevan a concluir precipitadamente que no hay diferencias entre el desarrollo individual y el desarrollo de la cultura, y que nos podemos confundir si hacemos nexos causales directos.

¿Por qué necesita Freud hablar de la cultura? La respuesta puede parecer obvia, pero lo interesante es que es el propio Freud quien se formula la pregunta. Sobre todo, como lo explicita en “El porvenir de una ilusión”, cuando tiene la impresión de estar diciendo banalidades, o planteando cuestiones que muchos otros han planteado antes y mejor que él. Freud como científico, como médico, como analista y como hombre de su tiempo, por supuesto que quería encontrar algún remedio al malestar en la cultura, no se hacía esta pregunta sólo porque sí, o por un placer meramente intelectual. Freud buscaba soluciones, y, cuando al hablar de la cultura, sentía que estaba diciendo lo mismo que otros habían dicho y/o escrito antes, y que además no encontraba la solución buscada, daba muestras de un sentimiento entre escéptico y depresivo: ¿para qué hablaba? Sin embargo, cuando el interlocutor le pregunta por qué y para qué, siendo tan pesimista (o escéptico) escribe tanto, Freud le responde que quizás pueda llegar a decir algo nuevo o algo útil, aunque todavía no sabe bien qué, pero igual, (y por suerte para nosotros) sigue adelante. Por eso los invito a recordar sus reflexiones sobre el malestar en la cultura, para ayudarnos a cuestionar el lugar común de la anorexia causada por ideales culturales.

Lo que hace Freud es acotar la cuestión, y al hacerlo encuentra su brújula. ¿Dónde? En el punto en donde define, donde recorta su pregunta.

Más allá de haber escrito “Tótem y Tabú” y “El porvenir de una ilusión”, todavía no sabía bien qué se estaba preguntando. Su pregunta central es ésta: ¿Por qué, si la cultura le sirve a los humanos como una protección contra la naturaleza, por qué si impide que los hombres se estén matando todo el tiempo los unos a los otros, (*en fin, o “sic”...*) por qué la criticamos tanto? ¿Por qué tanta hostilidad? ¿Por qué se le echa a la sociedad la culpa de todos nuestros males? ¿Por qué vivimos quejándonos? ¿Por qué tanta hostilidad contra la cultura? El concepto de “malestar” es su respuesta, la existencia de un antagonismo irremediable, entre lo que serían las exigencias –que va a llamar pulsionales- y las restricciones -que va a llamar morales- que la cultura impone a esas exigencias. Y este irremediable antagonismo es una causa permanente de infelicidad.

Creo que el porqué es tan irreductible el antagonismo entre el individuo y la cultura, es también una apuesta freudiana al inconsciente y a la responsabilidad. Si la culpa es disculpada, (o banalizada, como tal vez diría Hanna Arendt) nunca puede esa culpa pasar al nivel de la responsabilidad. Este argumento está construido con un crochet fuerte, llamado “superyó”. El superyó bajo la forma de ideales del yo como pivote entre lo externo, lo que viene de afuera como mandato, los imperativos culturales, y lo que es interiorizado como culpa, autorreproche, y sentimiento inconsciente de culpabilidad, es uno de los pilares en donde se articulan en Freud tanto la obediencia a los imperativos culturales como su trasgresión. Son articuladores poderosos, de los que los mass-media o las pseudociencias, o cualquier nexo causal superficial individuo-cultura jamás podrá dar cuenta.

¿Qué buscan los humanos? Enojados, en hostilidad, antagónicos con las restricciones que impone la cultura, buscan la felicidad. Todos buscamos la felicidad. Pero no todos la buscamos de la misma manera. Y a las maneras distintas de buscar la felicidad, es a lo que Freud le va a dedicar, prácticamente, todo el artículo del Malestar en la cultura. Pero con la idea de que “la” felicidad, como equivalente a cualquier tipo de complemento perfecto entre el individuo y el cosmos, o a la armonía absoluta del individuo consigo mismo, a la continuidad sin fisuras entre lo social y lo individual, o a los imperativos de máxima indiferenciación o adaptación, para conservar la vida

social, “a ti te ocurre lo mismo que a mí”, no existen. Hay una hostilidad estructural –el irreductible antagonismo- y una hostilidad reactiva. Freud ahí tiene que tener mucho cuidado, y lo tiene. No entra en una cosmovisión, ni en una perspectiva filosófica. Se cuida mucho de hacerlo. Hay en Freud una apuesta a la razón, al triunfo del logos, sólo que el logos freudiano es la razón del inconsciente. Freud pasa entonces a enumerar cuáles son los modos en los que los humanos individualmente intentamos encontrar la felicidad.

¿Cuáles son los calmantes para soportar la vida? Todo depende de dónde provenga el sufrimiento. La infelicidad viene de tres fuentes: el propio cuerpo, la relación con los semejantes, y las fuerzas de la naturaleza. Unas pocas palabras referentes al cuerpo como fuente de dolor psíquico: Al cuerpo Freud no le da el carácter de “naturaleza” exterior, aunque podría haberlo hecho, dado que con el cuerpo humano como naturaleza, como organismo, también nuestra relación es de máxima exterioridad, aunque sea lo más íntimo, lo más “nuestro”. La naturaleza obviamente también está incorporada al lenguaje, y decimos “la naturaleza humana”, no sólo para referirnos al cuerpo sino también al espíritu, o a la “esencia” del ser humano. Pero la referencia freudiana a la “naturaleza” del cuerpo está referida, ante todo, a la “imagen” del cuerpo. Parecería que cuando Freud habla del cuerpo como fuente de sufrimiento, al menos en el Malestar en la cultura, se refiere más a lo imaginario que a lo real. La referencia al sufrimiento proveniente del cuerpo está más en el registro de la mirada que en el cuerpo como orgánico, como organismo, como “naturaleza” sobre el que no sabemos nada, aunque sepamos mucho de anatomía o de fisiología, siempre será un saber exterior, objetivo, no subjetivo. El cuerpo del que habla Freud aquí, me parece, se refiere más a las “imágenes” y a su insuficiencia respecto a los “yo ideales” propuestos por la/s cultura/s.

La diferencia es importante, es diferente que la fuente del sufrimiento sea la comparación con un ideal, a que sea lo abismal, lo incognoscible de nuestra “naturaleza” orgánica en términos de subjetividad..

Hablemos ahora un poco de la moda. Para hablar de la moda les propongo un resumen del interesantísimo estudio que el pensador francés Roger Caillois ha hecho sobre el mimetismo en su libro “Medusa y cia”.

Dicho estudio ofrece significativos paralelismos, no sólo con los temores que produce la anorexia sino también con las medidas que se implementan para combatirla. La cultura de la anorexia se aproximaría así, de un modo curioso, a las distintas funciones que el mimetismo ha revelado en la naturaleza.

Roger Caillois ha demostrado que el mimetismo es un fenómeno muy enigmático. En primer lugar, la creencia lógica de que está al servicio de la autoconservación de las especies se ve desmentida por lo siguiente: ha podido comprobarse que las especies que no se mimetizan superan en número a las que se mimetizan, de lo que debe deducirse que las primeras están mejor protegidas que las segundas. Vale decir, se arreglan perfectamente para perpetuarse sin el auxilio de ningún disfraz. También se han encontrado a menudo cadáveres de especies miméticas en el estómago de los depredadores, lo que quiere decir que el disfraz no ha cumplido bien su función. Los investigadores reparten su desconcierto frente a estos hechos entre dos actitudes opuestas: Están los que sostienen que si el mimetismo existe es porque es útil, aunque se desconozca cuál puede ser su utilidad. Otros en cambio sostienen la perfecta inutilidad del mimetismo y concluyen que se trataría de un puro “lujo”, de la naturaleza, una moda cuyos cambios no se miden por temporadas otoño/invierno/primavera/verano sino por ciclos de millones de años. La unión estrecha entre mimetismo y utilidad biológica sería por lo tanto un prejuicio sustentado en la creencia indemostrable de que la naturaleza no hace nada en vano.

Roger Caillois distingue tres casos, o formas diferentes de mimetismo: el disfraz, el camuflaje, la intimidación.

-

### El disfraz

Muchos seres vivientes –no sólo los humanos- poseen la extraña facultad de modelar la propia apariencia. Ya sea imitándose entre sí, a un modelo, o a seres de otra especie. Al parecer lo harían a fin de beneficiarse de

una supuesta inmunidad. Pero hay insectos comestibles que al adoptar los colores de especies no comestibles exageran tanto su atavío y su apariencia, que se vuelven fácilmente distinguibles para los depredadores. Y también hay especies no comestibles que se imitan entre sí, lo que probaría que el disfraz no estaría directamente relacionado con la supervivencia. De allí la idea de su perfecta inutilidad, al menos en los términos consensuados -prejuiciosos- de lucha por la vida.

Sin embargo el disfraz no garantiza *identidad* sino sólo semejanza. La metamorfosis producida por la imitación, aunque afecte casi por completo el cuerpo de una hormiga cuando ésta se hace pasar por avispa o mariposa, se muestra insuficiente. Puede ser aún más completa con el recurso del camuflaje.

### El camuflaje

Se define por la asimilación al medio en busca de invisibilidad. Para llegar a ese fin los animales camuflados logran emparejarse sobre un fondo uniforme sobre el que se destacarían sin esa extrema adaptación al medio. Además deben permanecer inmóviles, a menos que sus movimientos estén perfectamente sincronizados con los del decorado, porque todo movimiento los traicionaría revelando su presencia. Obtienen la invisibilidad a través de una máxima indiferenciación con el medio y la pérdida del rasgo propio. Pero el camuflaje también suele ser inútil, porque los depredadores rara vez se guían por el aspecto de sus presas. Lo hacen por el olor. ¿Para qué entonces el simulacro, la imitación exquisita de piedras, hojas, o ramas secas de que se valen muchas especies para alcanzar una fusión casi perfecta con el medio? La inutilidad del disfraz también puede hacerse extensiva al camuflaje si la invisibilidad aparece como un fin en sí mismo y no como un arma de supervivencia.

### La intimidación:

Dentro del misterio del mimetismo Caillois también incluye la intimidación: ciertas especies se valen de artificios para modificar su apariencia mostrándose más temibles de lo que en realidad son. En la

intimidación, la semejanza -entre sí, al modelo, al animal de otra especie o al medio- ya no es lo esencial. Lo esencial es el poder que atrapa la mirada del enemigo, provocando fascinación y espanto a la vez. (Es a esta forma del mimetismo a la que hace referencia Lacan en su seminario XIV cuando habla de la esquizia entre la visión y la mirada y de la mantis religiosa)

Algunas especies asumen formas o actitudes temibles con el objeto de provocar terror en sus adversarios. Pero no sólo en éstos. Frente a determinados animales, muchas culturas han construido mitos y supersticiones como los pájaros de mal agüero, o inventado criaturas espectrales como esfinges o medusas, creando focos de hipnosis colectiva y de terror. La invención de *criaturas que presagian la muerte*, al igual que las máscaras y los conjuros de los hechiceros son recursos que explotan la impotencia o el miedo colectivos. Para hacer frente a la intimidación se usan técnicas aún más intimidatorias. Su finalidad es producir sometimiento, parálisis, imposibilidad de pensar. Así es como se difunden temores, mitos, prejuicios, que paralizan e impiden pensar.

Roger Caillois no era biólogo ni psicoanalista. Era "sólo" un pensador, cuya enorme curiosidad le permitió, entre otras cosas, demostrar muchos prejuicios antropocéntricos utilizando ejemplos del mundo animal. Por eso estudió los enigmas del mimetismo y propuso una interesantísima analogía con lo que sucede en la cultura humana. Comparó el disfraz con la afición a imitar, a hacerse pasar por otro; el camuflaje con la mitología de la invisibilidad y del secreto; la intimidación con el papel de las máscaras aterradoras cuya finalidad es asustar sin ser realmente temibles. Las correlaciones propuestas por Caillois nos pueden ayudar a nosotros a iluminar con una luz inesperada muchos prejuicios -y temores- culturales, o "culturalistas" sobre la anorexia..

La llamada "anorexia" parece relacionar las tres formas del mimetismo. Un observador bien puede decir: "fulanita está imitando a tal o cual modelo.", y le supone una acción, un gusto por aparentar lo que no es. Pero al mismo tiempo admite, implícitamente, que el cuerpo "natural"

puede modelarse y modificarse por medio del disfraz. En este nivel podemos ubicar a las jovencitas que buscan crear y crearse una ilusión, sin ignorar que no son iguales, ni entre sí, ni al modelo ni al ser de otra especie. Admiten no ser idénticas a sus ídolos, pero la delgadez alcanzada puede servir para mantener la ilusión : "No soy tan alta como Dolores Barreiro pero puedo ser tanto o más flaca". Se trata de la puesta en acto de una fantasía, de una ilusión, de un juego de espejos que se sostiene en la búsqueda de ideales externos al medio familiar, necesarios a la *metamorfosis* de la pubertad y que les permiten identificaciones con personas del mismo grupo, sexo o edad, y a las modelos como seres de otra especie. Estas identificaciones pasajeras sólo se tornan fijas si se las recibe con exceso de alarma, si se les pone una etiqueta, si no se reconoce su carácter transitorio de un "como si", de un juego de ilusiones. En los padres la alarma que les produce la metamorfosis física y psíquica de sus hijas cuando llega la pubertad, encuentra eco en la publicidad que bombardea insistentemente con los riesgos de la anorexia. Frente a la angustia de no saber qué les está pasando,(a ellos y a sus hijas) o a la dificultad de soportar la rebeldía a las normas familiares (no necesariamente alimenticias), los padres se benefician pudiendo nombrar a sus hijas con el nombre de una enfermedad de "moda" que exige ser tratada imperativamente. Las jovencitas se resisten: "No estoy enferma" (aunque muchas admiten "ser" anoréxicas). Se recurre entonces a las amenazas y se apela a la fuerza : "te vamos a internar" para convencerlas de que tienen que comer y engordar. Ellas defienden sus disfraces con una voluntad férrea y una tenacidad insospechada. No ceden aunque el disfraz ya no les garantice ninguna protección. A semejanza de ciertas clases de mariposas, exageran tanto su apariencia que se vuelven presa fácil de los depredadores. El disfraz que en un comienzo las ayudaba a protegerse de la metamorfosis de la pubertad jugando a ser otras, revela su inutilidad. Pueden reforzarlo recurriendo al camuflaje, hacerse invisibles perdiéndose en la multitud , volverse prácticamente indistinguibles unas de otras. La alarma se intensifica y se "justifica". Las jovencitas disfrazadas de esqueletos son una epidemia que hay que exterminar. La máxima indiferenciación se vale de la publicidad que etiqueta como anoréxicas a

todas aquellas cuyo peso corporal es un 30% menor que el esperable, que han perdido su menstruación por más de tres ciclos, que tienen terror a engordar, que distorsionan la percepción de su imagen en el espejo, etc. Todos signos estandarizados que se consideran más que suficientes para "engrosar" no a las jóvenes, pero sí a las estadísticas.

Existe una tendencia , una moda que fabrica anoréxicas en serie, cuya modalidad consiste en no destacar ni investigar causas ni particularidades. Es peligrosa, porque al modo de una ilusión óptica establece que las "anoréxicas" son todas iguales, en potencia o en acto. Amenazadas en su busca de identidad o sea de aquello que las asemeje y a la vez las haga inconfundibles, suelen reforzar el disfraz recurriendo al camuflaje: se adaptan al medio, o mejor dicho, a los medios de difusión que les enseñan qué tienen que hacer para llegar a ser inconfundiblemente anoréxicas. Al disfraz y al camuflaje, puede sumarse luego la tercera forma de mimetismo, la intimidación recíproca . El juego de la semejanza, el folklore de la invisibilidad, ya no generan inquietud o angustia, sino un verdadero espanto en quien las mire. Entramos así en la lógica del poder que produce terror, en el espectro fantasmático de la anorexia. En las dietas, o en los talles 00 acechan seres espantosos, "sobrenaturales" o "antinaturales", dispuestos a saltarnos encima cuando nos distraemos por un instante. Vigilar y castigar se vuelven consignas casi explícitas. En lugar de entender y atender -si se considera que se trata de una enfermedad, y se reconoce que quienes la padecen son personas-, causas y razones necesariamente particulares, ¿o acaso estamos en presencia de virus o de bacterias?, se vigila y castiga en nombre del prejuicio consensuado que atribuye a la moda un presagio de muerte . El terror de los padres que leen las estadísticas -hechas en base a apariencias y conductas tipificables- es incrementado por la publicidad que les muestra los seres cadavéricos en los que llegarán a convertirse sus hijas si persisten en sus dietas. Impedidos de reflexionar, de tomar distancia frente a la hipnosis colectiva , sintiéndose culpables por no haber puesto límites a tiempo, quedan convencidos de que sus hijas portan la muerte en sus

cuerpos adolescentes.

Existen instituciones que se encargan de promover el mito de que la anorexia es un producto de la moda, o sea una epidemia compuesta por entes anónimos sin individualidad, sin causalidad psíquica, sin subjetividad, sin sufrimiento, sin historia. No se ignora que allí se los pesa de espaldas a la balanza, se los vigila hasta en el baño, se cierran las heladeras con candados, se les prohíbe vomitar. A pesar de eso existen y la sociedad deposita su fe en ellas. Otras, menos "terroristas", publican sus estadísticas en Internet para confirmar el carácter epidémico y creciente de la bulimia y la anorexia. Se vanaglorian del éxito obtenido por charlas en escuelas, orientación a padres, programas de televisión. Gracias a las campañas concientizadoras un nuevo contingente de anoréxicas ha podido ser detectado e incluido en las estadísticas.

Como dice Hanna Arendt, el totalitarismo es el intento por automatizar, estandarizar, animalizar la existencia humana: un catastrófico ensayo de supresión de los deseos para reducir a los hombres y las mujeres a la pura necesidad biológica, a la que hoy podemos sumar las necesidades de la estadística. Esa mezcla de robotización y conformismo (y de simplificar los problemas complejos al límite del exterminio) es una característica de las sociedades actuales, en las que el totalitarismo se refleja en la globalización y el pensamiento único. Cuando el "régimen" del terror está instalado cualquier argumento que intente mostrar cuántas veces concientizar en realidad es provocar, suena a herejía, a delirio, a ignorancia, a irresponsabilidad, como lo explicita claramente el lic. Figueroa en la carta de lectores que he citado.

¿Cómo defendernos frente a las estadísticas y a los mensajes que nos intimidan con amenazas de muerte? Por empezar debemos aceptar que no contamos con muchos recursos. Lo que no impide que nuestro trabajo no se reduzca a los tratamientos individuales, sino a denunciar las siniestras influencias culturales que "pesan" sobre la anorexia. Quisiera por último formular una hipótesis "delirante". La vigilancia y el castigo que pesa sobre

las jovencitas "dietantes" no hace sino mostrar el temor inconsciente de que la humanidad quede diezmada. El 10% de riesgo de muerte en el que últimamente y vaya a saber cómo, parecen haberse puesto de acuerdo las estadísticas, no es sino una medida fantasiosa altamente significativa, porque este porcentaje es el que se estimaba fatal en las batallas en épocas en que no había estadísticas. Un ejército vencido era un ejército que había sido diez-mado, que había perdido a la mayoría de sus tropas. Lo mismo con las poblaciones "diez-madas" por el hambre o la peste. Las jovencitas anoréxicas al no menstruar se sustraen –momentáneamente- del circuito reproductivo. Por lo tanto rápidamente deberán "ponerse en forma", como miembros de una especie, como representantes de la pura necesidad biológica de comer bien para que la humanidad no quede diezmada. No es cierto que si no menstrúan por más de tres ciclos quedarán estériles como pretende una pseudo ciencia que, quizás sin saberlo, nos miente en nombre de la conservación de la especie humana. Los médicos responsables saben perfectamente que el riesgo de "futura" esterilidad es inexistente. Lo que sí es cierto es que la falta de menstruación presentifica el fantasma de una humanidad diezmada por falta de "elementos" reproductores. En síntesis, qué podemos decir, como ya lo han dicho, parafresando a Freud, muchos otros mejor que nosotros, sino que uno de los mayores peligros a los que hoy estamos expuestos es la pérdida masiva de nuestra singularidad y de nuestros deseos. Y que no podemos protegernos de la masificación, o sea del exterminio de la subjetividad, si no sabemos protegernos de las estrategias del poder que buscan apropiarse de nuestras subjetividades. Por supuesto que con leer libros de historia no alcanza.